

El alma de las negras multitudes;
Y, Luzbel de la historia, ya caído
En tierra, rota la sangrienta espada,
Y de odio y de ira moribundo,
La sombra de tu ala quebrantada,
En noche se condensa sobre el mundo.

Ah! frente á tí la Francia del espíritu
Se alza á luchar ¡ que triunfe!
¡ Que triunfe el pueblo del heroico pecho
Que hace un siglo salió de su sepulcro
Armado caballero del derecho

Alma madre, salud! ¿ cuál no siente
De los jóvenes pueblos, el estrecho
Vínculo filial que á tí lo enlaza?
De los que han sus cadenas quebrantado,
¿ Do está el que no haya con tu idea,
Con tu idea y tu sangre comulgado?

Hoy la voz de esos pueblos á tí viene,
Como el rumor de inmensa simpatía
Que escuchó Prometeo
En torno de su roca de agonía;
Las naciones nuevas
Tus océanides son, ellas perdonan
A aquella que si pudo
Convertir la victoria
En instrumento de opresión impía,
En una hora de martirio, expía
Todo un siglo de crimen y de gloria.

Esos pueblos te aclaman:
Más aún, te bendicen conmovidos,
Y así siempre será, mientras que seas
El eco para todos los sonidos,
La fibra para todos los latidos
Y el ala para todas las ideas.

Mientras en tu verbo espiritual se agite
La humanidad futura, y en tu seno,
Donde encendido hogar los hombres tienen,
Como en el beso conyugal palpita
El alma de las épocas que vienen.

Eres el corazón que no se cierra
Urna de amor, á los agenos duelos,
Y se esparce tu espíritu en la tierra
Como la luz se esparce por los cielos;
Todo lo dices tú, todo lo sientes;
Nueva Babel de inmensurable alteza
A donde vuelven las dispersas gentes
A confundir sus sueños de grandeza.

Oh! Francia, ayer vivías de esperanza;
Tornóse el sueño realidad: avanza!
Allá va el buque entre las crespas olas,
Lleva el dócil timón piloto experto,
En cuya frente pensativa y grave
Brilla la fé en el rumbo y en el puerto:
Mas se pára de súbito la nave....
¡ Un hombre al mar!....

Silencio! Thiers ha muerto!

Fué ese hombre el pasado,
Y era también el porvenir; su historia
Es, ay! la de su siglo, ayer la cima,
Hoy la cima.... mañana lo ignorado.

Grande para lo útil, él vivía
De la acción en la viril poesía:
Lo encontró frío y en aplausos párcos
De su tiempo la múltiple utopía;
Era un rey de si mismo....
Y por eso con fuerza soberana,
Serenos como un hombre de Plutarco
Atravesó por la tragedia humana.

Tuvo un rencor sagrado, el despotismo
Luchó con él: su voz fué desoída....
Y en la hora fatal de la caída
Descendió por su Francia hasta el abismo

Y la condujo al sol; le dió su aliento,
La hizo vivir, la enderezó en la altura
Y en su rota y manchada vestidura
Tornó á enhebrar su luz el firmamento.

Cuántas cívicas palmas, cuánta gloria,
Pero cuánto dolor; en la tribuna,
Su pedestal de mármol, mar violento
De odio lo asaltó; náufrago y triste
De tu enseña al amparo al fin le viste
Oh! bendita República.

Alto ejemplo
De razón y de fé, cual peregrino
Que después de las penas del camino
Reposa y muere en el umbral del templo

Era, sér libre, el precio de la vida
Para aquel luchador; era creencia
La libertad, en él, tan dulce y fuerte,
Que á extinguir esa luz en su conciencia
No era bastante el soplo de la muerte.

Con esa luz sublime en el profundo
Sufrir de nuestro siglo, halló la calma;
Y, perla oculta en el dolor del mundo;
Fué para él la eternidad del alma.

Más allá el rayo de su antorcha pura
En los espacios proyectó, y era
Como ráfaga de oro atravesando
La noche de los mares sin rivera.
Y allí, do el pensador de otras edades,
Miró la realidad que cubre el mito;
En esa región que no se nombra
El, con su luz eterna, vió una sombra,
La gran sombra de Dios en lo infinito.

Así, la libertad, llama divina,
No la que incendia, no, la que ilumina,
No era un vano nombre
Sino un alma y un Dios para ese hombre.

Será inmortal; lo que su patria viva
El vivirá; por eso será en vano
Que quiera el mal con su tiniebla impura
Empañar la labor del gran anciano.

Cintilan en el cielo las fúlgidas estrellas
La esplendorosa Lira y la radiante Cruz,
Fugaces aparecen exhalaciones bellas
Que marcan una estela de indeficiente luz.

La embalsamada brisa suspira blandamente
Y á su contacto leve la matizada flor,
Su cáliz entreabriendo, se mece suavemente
Y tímida despide su aroma embriagador.

Es la hora del reposo, conmuevese mi alma,
Agítase al impulso de mágica ilusión
Y de otra edad bendita de venturosa calma
Evoco los recuerdos que adora el corazón.

De esa época tranquila y agena á los dolores
Que oprimen á la triste doliente humanidad,
Y en que el alegre niño camina sobre flores
Que ocultan á sus ojos la horrible realidad;

Cuando en dorados sueños nos muestra la esperanza
De rosas y azucenas sembrado el porvenir
Que nuestra débil mente á comprender no alcanza,
Que en páramo desierto se llega á convertir.

¿ A dónde están los goces de aquella edad primera?
¿ Dó están aquellas horas de dichas y placer?
Pasaron como pasa la ráfaga ligera,
Cruzaron cual meteoros para jamás volver.

¡ Oh faro de la noche! Antorcha de consuelo!
Alumbra el mar hirviente, el campo y la ciudad,
Y así como las sombras del anchuroso cielo
Disipe las de mi alma, tu suave claridad!

XXVII.

ZARATE (EDUARDO E.)

JUVENTUD.

Envuelta en luz, de mirtos coronada,
La conciencia tranquila, el alma pura,
Avida de placer, al mal negada,
Súbdita nada más de la hermosura,
Y en los cielos perdida la mirada:
Tal es la Juventud, edad dichosa
En que cual perla en nacarada rosa,
En el labio sonriente
Asoma del amor el nombre ardiente.

¡ Salve plácida edad, altiva y bella!
Como nítida estrella
Vas lanzando vivísimos fulgores
Y brotan de tus pasos en la huella
Blandos aromas y lozanas flores.

Todo á su dulce voluntad se inclina,
Por donde ella camina
La torva faz ocultan los pesares,
Ahuyenta á la maldad con sus cantares
Y el antro de las dudas ilumina,
Como el sol los abismos de los mares.

Cuando la hora presente de la historia
Desaparezca, surgirá serena,
Serena como el bien esa memoria,

Nacen las tempestades, llegan, crecen,
Enlutan el espacio y desaparecen;
Mientras las cimas que corona el hielo
Al través de las nubes permanecen
Eternamente erguidas en el cielo.

Pueblo francés, sublime mutilado
A quien la mano de Voltaire un día
Ungió del alma libertad soldado,
Deja á los pueblos libres
Que dudaron jamás de tu destino,
Cuya sangre caldea
El sacro ardor del corazón latino,
Que en este instante de dolor augusto
Tu diestra estrechen con filial respeto
Por encima del féretro del justo;
Deja que hoy, Francia, que la muerte impía
Tu noble frente con su sello marca,
Mi patria al tuyo su dolor adune;
Nos separó la tumba de un monarca,
La tumba de un repúblico nos une.

México Octubre de 1877.

XXV.

VILLALON (JUAN DE DIOS.)

(Ante el cadáver del ilustre maestro Ignacio Ramirez.)

En lucha con el ciego fanatismo
Fué su dios la razón, astro radiante,
Que, el juicio iluminando, deslumbrante
De la visión calcina el organismo.

Perdida por el mar del idealismo,
En la duda encalló su alma gigante;
Y de la vida en el bregar constante,
Rompió su casco y descendió al abismo.

Despedazados los vitales nudos
Sólo nos queda de su sér, un nombre
Para la Patria y el hogar bendito:

Sus despojos ahí! . . . testigos mudos
De la ovación final que rinde el hombre
Al átomo que vuelve al Infinito.

México, Junio 17 de 1879.

XXVI.

ZARATE. (CLOTILDE.)

MEDITACION.

Entre argentadas nubes, sublime y magestuosa,
Elévase la luna, con pálido fulgor,
Cual la modesta vírgen que encubre pudorosa
Con trasparente velo, su rostro encantador.

Sobre su carro triunfador alzada,
Va sus pródigos bienes derramando
De la vida en la espléndida alborada,
Vigor, inspiracion y aliento dando
A todos los incautos soñadores
Que enlaza su cadena,
Y así de encantos llena;
Y de ódios y rencoras
Y de tristezas, libre,
Hace que en torno suyo un himno vibre
Como el que alza doquier naturaleza,
Cuando en todos los árboles hay nidos,
Cuando esmaltan las flores la maleza
Y vagan los cantares repetidos
Desde el oscuro bosque á la cabaña,
Y mientras una alfombra de verdura
Se tiende en la montaña
Y otra de rubia mies en la llanura,
Las aves, los insectos, los murmullos
Del arroyo que corre en la pradera,
De la blanca paloma los arrullos
Y hasta el himplar de la feroz pantera,
Todo forma una estrofa desprendida
Desde el fondo del valle más profundo,
Porque es la Primavera para el mundo
Como es la Juventud para la vida.

Y yo que al viento he dado
De ese ritmo sonoro
Que de tí á mis oídos ha llegado,
Cual eco infiel, mis débiles cantares,
Antes de ver cual náufrago tesoro
Arrebatado por revueltos mares,
Léjos de mí, tu espléndido reinado;
Antes de que éste presuroso río
Que forma el curso de la humana vida
De apacible tornándose en bravío,
Me impela á traspasar esa barrera
Que separa la época florida,
En las almas, alegre Primavera,
De la que al hombre envuelve entre la bruma
De un océano sombrío
De negras ondas y de amarga espuma,
Este cantar en tu loor alzado
He querido dejar, risueña Diosa,
Al pie de tu santuario perfumado,
Como la humilde flor que en la espaciosa
Nave del templo, en mármoles labrado,
Va á deshojar con mano temblorosa
Quien allí su oración ha levantado.

XXVIII.

ZARAGOZA (ANTONIO).

Todas las composiciones en seguida insertas fueron expresamente escritas para este Almanaque, por el popular poeta Zaragoza.

RIMAS.

Mientras la lumbre ardiente
Dura en el incensario, el humo denso
Del perfumado incienso
Se levanta á la altura lentamente.
Pero si al fin el fuego se consume,
Al punto mismo extingüese el perfume.

Mientras amor al corazón enciende
La poesía, aroma de idealismo,
En purísimas nubes se desprende,
Llegando al cielo mismo.
Mas cuando el fuego del amor se agota
El aroma del alma ya no brota.

Encadenado á la aflicción me véo,
Me son la dicha y la ilusión extrañas,
El dolor, como el buitre á Prometeo,
Me roe eternamente las entrañas.

Yo cruzo lentamente por la vida,
Sufriendo mi horroroso desencanto;
Tengo el alma de lágrimas henchida
Y no me queda ni el placer del llanto.
Yo sé hasta dónde la desdicha alcanza;
He caído del cielo en un instante;
Yo sé cómo se pierde la esperanza;
Yo vengo del infierno, como el Dante.

¡ Tan bella, tan amada,
Y sujeta del mundo á los rigores !
¡ Pobre azucena mía, marchitada
Por el rudo huracán de los dolores !
Te ví llena de júbilo, hechicera
Con tu gracia infinita;
Pronto pasó tu hermosa primavera,
Llegó el invierno y te dejó marchita.
Si vieras cuántas lágrimas me arranca,
En mi hondo desconsuelo,
Ver á mi pobre flor, mi flor tan blanca,
Rogando deshojada por el suelo !

SAFO.

Junto al inmenso mar está sentada;
Se pierde en lo infinito su mirada.
Con su dolor á solas,
No quiere ni esperanza ni consuelo;
Sólo responde á su gemir de duelo
La sublime armonía de las olas.
Para siempre perdió su augusta calma,
Al rudo golpe del penar profundo.
Ya no puede vivir, le oprime el alma
La invencible nostalgia de otro mundo.
Abrumada de tedio y de pesares
De la fé no conoce los consuelos,
Y su mirada inclina hácia los mares. . . .
¿ Por qué no la levanta hácia los cielos ?
La Grecia portentosa,
Radiante de hermosura y poesía
Se refleja en su mente; mas no llega
A la pobre alma ciega
La fulgurante luz que el cielo envía.
Duda, y sufre torturas ignoradas,
Y se agitan violentos

En ella los terribles pensamientos,
Como en la mar las ondas irritadas.

Sobre la roca, erguida
La belleza imponente y poderosa,
Entona con su lira prodigiosa,
Como el cisne, la eterna despedida.
Cae, á impulsos del mal, rendida, inerte,
Y se pierden, al son de sus cantares,
Su cuerpo en la gran tumba de los mares,
Su alma en la sombra inmensa de la muerte

BELLINI.

Músico del dolor y la tristeza,
En mis horas sin dichas y sin calma
Siento tus himnos de sin par belleza
Vibrar en lo más íntimo del alma.

Si de otros genios el saber profundo
Interpreta del cosmos la armonía.
Traduces, sólo tú, la poesía
Del alma, ese otro mundo.

A tí lauros del cielo ! á tí que eres
El amigo de todos los que lloran,
Que bendicen sus hondos padeceres
Al escuchar tus cánticos que adoran

Nos haces con tus notas sollozantes
Amar de la tristeza el dulce encanto,
Y las gotas de llanto
Conviertes en diamantes.

Pobre alma sin ventura !
¿ No es cierto que se encuentra ya saciada
Aquella ánsia sublime de la altura,
Que brota de tu música angustiada ?
Dí ¿ no has reconocido,

Hoy, que en el cielo existes,
Al ángel soñador que en otros días,
Inundando de luz tus horas tristes,
Te inspiraba tus santas melodías ?

Duerme en paz ! Se cumplió tu grande anhelo;
Tus cantos eternizan tu memoria,
Y hoy arrullan el sueño de tu gloria.
Las arpas de los ángeles del cielo.

SHAKESPEARE.

De la cima del genio,
Con tu mirada de águila atrevida,
La humanidad entera contemplaste;
Cada uno de los ecos de la vida,
En intuición sublime, adivinaste.

En la extensión del Océano pienso
Al contemplar tu genio omnipotente,
Profundo como el mar, como él inmenso,
Y como él imponente.
Como él, tienes tormentas desatadas
Y arrullos musicales.

En él bullen las olas agitadas,
En tí los pensamientos colosales.

Terribles ó risueños,
Palpitan en tus obras portentosas,
Fosfóricos destellos, las ideas,
Los ensueños, espumas vagorosas.

La luz esplendorosa de la altura,
Como en el mar, en tu alma se refleja,
Como él lanzas tu voz majestuosa

Que sabe ser, cadencia misteriosa,
Canto, murmullo, queja.

El mar en sus regiones
Produce monstruos, como perlas cría;
Así horribles ó hermosas creaciones
Engendra tu gigante poesía.

¡ Los rayos de los cielos,
De otro vate jamás han alumbrado
Con más vivo fulgor la mente inquieta;
Eres, después de Dios, dice el poeta,
El que más ha creado !

**

SOÑANDO.

Soñe que habías muerto.
Te ví transfigurada por la aurora
De una vida inmortal, y el alma mía
Pudo al fin perdonarte tu falsía.
La muerte es una grande redentora.

¡ Con cuánto amor, en sueños,
En tu sepulcro derramaba flores,
Las flores del perdón y del olvido;
Al fin la muerte nos había unido,
Renacieron al fin nuestros amores !

¡ Cuán dulce era aquel llanto que vertía,
Mi postrimera despedida al darte !
Ha mucho tiempo que llorar quería;
Pero, viviendo tú, yo no podría
Ni llorar por tu amor ni perdonarte.

Y hoy ya has muerto, las cosas de la tierra
Para tí han terminado;
Los afectos que acaban con la vida
Al morir tú, también han espirado.

Esos seres que miran con espanto
El otro mundo incierto,
Te consagran la ofrenda de su llanto
Y han creído perderte porque has muerto.
Todos esos pequeños corazones
No ven la luminosa lontananza,
Y no pueden volar á las regiones
Donde habitan la muerte y la esperanza.

Pobre niña ! no es cierto
Que olvidarme por siempre no podías ?
Era preciso amarnos, y ya has muerto,
Yadigo adios á las angustias mías,
Cuando viva cruzabas por el mundo
No quise que llegara hasta tu alma
De mi eterno abandono el ¡ ay ! profundo,
Por no turbar tu calma.

No sé si á veces en tus horas tristes
A nuestro amor pasado te volvías;
Pero, hoy que ya no existes,
¿ Verdad que me amas como en otras días ?

